
INTRODUCCIÓN DE LA COORDINADORA

Alba Rosa Hernández Bossio

LA ACLAMACIÓN de la poesía de José Antonio Ramos Sucre hoy en día es un hecho indiscutible en nuestro país y no se ignora su nombre a la hora de dilucidar cualquier tópico o movimiento artístico, desde el modernismo hasta la posmodernidad. Asimismo, la afirmación de su voz poética en nuestros centros de investigación se renueva constantemente, difundiéndose más allá de sus claustros.

Esta pasión ha sido encendida también por su hermética personalidad, seducida desde siempre por la muerte, a la que invocó en sus poemas y decidió para sí con su suicidio. El sufrimiento y muerte del poeta dotaron de un íntimo sentido a su obra al integrar a Ramos Sucre en ella como uno más de sus personajes. El Ramos Sucre biográfico se hizo así, ya en su época, también imagen y mito. Su muerte, que sus contemporáneos creyeron prematura (antes de haber hallado la poesía), hoy la reconocemos como consagración de su poesía, pues sabemos –como él sabía– que ya había alcanzado una forma poética a la que no se le podía pedir más, así como tampoco a su vida.

Sin embargo, poco de esto ha trascendido más allá de Venezuela y muy diferente es el reconocimiento de Ramos Sucre fuera de nuestro país, porque aún su nombre y su obra se han difundido muy escasamente, o de modo muy desigual; y así como en algunas universidades europeas y norteamericanas su poesía ha abierto un nuevo diálogo con la poesía hispanoamericana, en muchas otras apenas se la conoce.

Una edición como ésta era, por tanto, no sólo la reivindicación de su poesía sino, muchísimo más, una necesidad y una obligación que permitirá, finalmente, el reconocimiento de su obra poética por todo el ámbito de cultura hispánica y

más allá, gracias a su ulterior traducción, en las culturas más lejanas. Significará la confrontación de Ramos Sucre y la cultura transatlántica como un acto de justicia poética. Porque, hay que decirlo, la imaginación de un poeta como él germinó haciendo propias las figuras universales de la literatura y de la historia cultural del hombre; quizás hubiera podido dotar también a lo criollo, como Borges y Lezama, de resonancia mítica, pero su vida se detuvo un poco más allá de la mitad del camino, cuando en Ginebra la patria aún no le había devuelto su imagen.

Porque, en vida, su obra poética, contenida en apenas tres libros de 346 poemas, no traspasó la frontera de su patria, aun cuando en carta a su hermano Lorenzo el poeta hubiera afirmado que sus aforismos, «pensamientos», fueron publicados en el extranjero. Confinada dentro del país, ni Lugones ni Borges ni Mistral supieron de su poesía; en cambio, él sí los leyó abundantemente en los diarios caraqueños, sobre todo en *El Universal*, donde asiduamente publicaba sus poemas, algunos «en caliente», como primicias para los lectores de cada mañana, que los descubrían en primera página, entre el desayuno y la perplejidad, dándoles una ojeada que casi no podían evitar; y así, paradójicamente, en la prensa del gomecismo, en la que nada podía pasar, ante los ojos de todos, cada mañana, se deslizaba la poesía de Ramos Sucre. Ahora yo recupero aquel asombro cuando los descubrí en estos diarios y revistas de su época, que él eligió libremente y a placer como medio divulgante, para entrar en todas las casas. Por esto, en su momento, no hubo un poeta más «leído» que Ramos Sucre ni tampoco más a la vista de todo el mundo. Nadie podía dejar de verlo cuando deambulaba entre la Universidad y sus clases en los liceos y escuelas, de su despacho en la Cancillería a la redacción de algún periódico; en las tertulias de la Plaza Bolívar o dándole vueltas a la noche para poder dormir. De hecho, podía encontrarse todas las mañanas en el Liceo Caracas, donde enseñaba latín, con Rómulo Gallegos, su director, o conversar con Julio Garmendia o Mariano Picón Salas, a quienes dedicó dos poemas, antes de que éstos viajaran en 1923 y 1924 a París y a Chile; o disentir públicamente sobre el valor subjetivo de la adjetivación en pro de su objetividad, con Pedro Emilio Coll, a quien dedicó su primera «Granizada»; o compartir la admiración por otras lenguas con el sabio Lisandro Alvarado, el traductor de Lucrecio y de Humboldt, quien le publicó en la famosa revista *El cojo ilustrado* su traducción del prefacio latino de Chauveton. Resulta así que todos los integrantes de la élite literaria del momento conocieron de trato y palabra a Ramos Sucre y todos, si hubieran sido interrogados, hubiese podido recordar al hombre y la aparición de sus poemas. Me gusta imaginar que la criolla Teresa de la Parra, en sus temporadas caraqueñas entre 1909 y 1922 y luego, en los primeros meses de 1928, pudo haberse cruzado con el hombre y su poesía con extrañeza y admiración incompatibles.

Sin embargo, de toda esta profusión de imágenes del hombre Ramos Sucre, apenas queda su rostro fijo en tres fotografías. Este escaso registro de su rostro ha

permitido que, en repetidas ocasiones, la fotografía de su hermano Lorenzo pase por la suya, como ocurrió en la revista *El paseante* de Madrid, como si su rostro estuviera destinado a confundirse con el de otro imaginario.

Sin embargo, de toda esta admiración y asombro que suscitó su presencia física y la presentación de su poesía en medio de la calle, muy poco quedó después de su muerte, sentida como un duelo y como una desgracia, como la frustración de un poeta en ciernes, rico de posibilidades, pero malogrado antes de tiempo.

El poeta Paz Castillo, en 1925, amigo suyo, rememora que cuando se le preguntaba a Ramos Sucre por su filiación respondía: «Mis maestros vienen de muy lejos». De allí la incomodidad ante un poeta que se situaba a contracorriente de la renovación vanguardista y resucitaba palabras y procedimientos de un español de otros siglos; o que, válido de la retórica, perpetuaba técnicas que dirigían el ritmo de la poesía, sin soltar las riendas de la sensibilidad. De lo viejo nada nuevo podía esperarse, pensarían los jóvenes vanguardistas que desde 1927 irrumpieron con su revuelta poética siguiendo la renovación artística europea, norteamericana y latinoamericana. Así y todo, Ramos Sucre fue incluido en la página vanguardista que con doce poetas publicó *El Universal* en 1927 y en el único número de *válvula* [*sic*], vocero del joven Úslar Pietri, entre otros. Todo esto prueba la «incomodidad» ante su poesía, que no podía ser dejada de lado, pero que no parecía el camino, en ese momento, de la creación artística. Hoy su retórica, mucho más radical que la de Borges, es vista como una indagación a fondo en una lengua poética personal, de la cual nunca se apartó; fundando de nuevo el poema en la poesía y no en la realidad, la imaginación de Ramos Sucre dispuso para resucitarlos del vasto legado de la literatura de siglos mejores y de los mitos ahora olvidados.

Por esto, su tiempo conoció mucho más al hombre que al poeta, aun cuando ninguna época tuvo mayor posibilidad de su lectura asidua. Desde su muerte, esporádicamente, se recordaba al personaje en sus efemérides, pero nunca la propuesta de su relectura, hasta la aparición en 1945 del ensayo, más biográfico que crítico, *Las piedras mágicas*, de su discípulo, el poeta Carlos Augusto León, libro que reconquista la seducción de su poesía, pero que no incentivó la reedición de sus libros. Fue casi treinta años después cuando surgió la primera reedición, en 1956. Pero más que ésta, fue el grupo literario *Sardio*, agrupado desde 1958 en la revista del mismo nombre, el primer promotor del resurgimiento de Ramos Sucre, al leerlo desde una perspectiva de universalidad y de rigor poético. Todos estos entonces jóvenes creadores, Guillermo Sucre, Salvador Garmendia, Francisco Pérez Perdomo, Elisa Lerner, Adriano González León, comenzaron de nuevo a correr la voz de su poesía.

Por mi parte, confieso que fui iniciada en la lectura de José Antonio Ramos Sucre apenas en 1978 cuando, para la Maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar, tomé varios seminarios de Guillermo Sucre, el primero que introdujo su lectura en los cursos de postgrado. Entonces debimos

fotocopiar la deficiente y errada reedición de 1956, hasta que finalmente, en 1979, la Universidad Central de Venezuela, lanzó otra edición que, sin embargo, prolongaba los errores de la anterior. Apenas ha sido en 1980 cuando la Biblioteca Ayacucho ofreció la posibilidad de leer la obra completa al incluir sus ensayos, aforismos y cartas familiares y no sólo ponerla al alcance de los lectores inmediatos, sino también difundirla por los de otros países de lengua hispánica adonde antes no había llegado.

Retomando el punto de partida, esta edición que ahora se ofrece a un público mucho más universal, ha reconstruido el camino hasta las primeras ediciones y hasta las publicaciones hemerográficas, para devolver a los poemas su prístina originalidad. Quién mejor para presentar al poeta que su alumno más fiel, Carlos Augusto León, fallecido en 1997; éste fue su último recordatorio de su maestro. Nadie ha dedicado tantos estudios a la vida y la historia del poeta como Sonia García, participante de los cursos de Guillermo Sucre; ella nos ofrece parte de su labor en una significativa documentación sobre estos temas. Por su lado, Cristian Álvarez, también alumno de Guillermo Sucre, indaga ahora en uno de los personajes icónicos y especulares de Ramos Sucre, Fausto, y su creador, Goethe. El poeta y crítico José López Rueda asume el recorrido de algunos de los espacios culturales inscritos en la poesía. El filósofo y ensayista Ángel J. Cappelletti inquiera en el universo onírico y de visiones que cubren la vigilia. Y la ensayista y poeta Martha Canfield, desde Italia, continúa explorando la temática del mal que marca, como una fatalidad, a las personas poéticas. En cuanto a mí, analizo los rasgos propios del poema en prosa ramosuciano; entregada a la investigación hemerográfica pude recuperar variantes que prueban la evolución de la obra; demuestro el ordenamiento sucesivo de *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*, en contra de las anteriores reediciones que han reproducido acriticamente el orden inverso; en las notas críticas trazo una posible trama de relaciones y alusiones intertextuales y culturales en lo que probó ser un trabajo laborioso, delicado y sorprendente, propuesto para abrir nuevas lecturas.

Respecto a los críticos extranjeros, por todo lo antes dicho, es ahora, en estos últimos diez años, cuando han comenzado a distinguir esta obra poética oscura y desconcertante, pero que, a cada nueva lectura, reluce con mayor brillo. A esto se ha debido el que no hayamos podido convocar como colaboradores, en contra de nuestros deseos, a lectores de otros países que, desde una perspectiva distante y diferente, nos acercasen a otras facetas de Ramos Sucre. No es tampoco casual el hecho de que casi todos los que colaboramos en esta edición pertenezcamos a la Universidad Simón Bolívar: proviene de que aquí, como antes he mencionado, desde 1978, se ha estudiado su poesía en abundantes cursos y seminarios, y la comunidad y la cercanía nos permitieron integrarnos y contribuir a este interés compartido.

José Antonio Ramos Sucre tiene ahora la primera y la última palabra.